

LA CAPACIDAD ARGUMENTATIVA EN *ECUADOR: IDENTIDAD O ESQUIZOFRENIA*, DE DONOSO PAREJA

Cecilia Velasco

En 1997, y con los auspicios de Eskeletra, Jorge Enrique Adoum, narrador, poeta, crítico y ensayista literario publicó su *Ecuador: señas particulares*. Un año después, en 1998, Miguel Donoso Pareja, que ha incursionado en el cuento, la poesía y el ensayo, que ha actuado como coordinador de talleres de literatura de la CCE, y que fue su presidente en la ciudad de Guayaquil, bajo los auspicios también de Eskeletra publicó su *Ecuador: identidad o esquizofrenia*.

Los dos textos han sido publicados bajo la categorización de «ensayos», y resultan evidentes las homologías que el escritor Donoso Pareja, o los editores, quisieron construir entre las dos obras. El enunciado del título, el formato del texto, el número de páginas, incluso detalles aparentemente inocentes como el diseño de la portada y contraportada, crean en el lector el efecto, conscientemente buscado, de ver la obra de Donoso Pareja como una réplica en relación con la de Adoum. Es más, aquél deja en claro que su punto de partida y referencia obligada va a ser la obra de éste; de ahí que vaya a remitirse constantemente a ella, sea para parafrasearla, citar contra ejemplos, o simplemente como referente.

El ensayo tiene una larga tradición en nuestro continente, y a menudo los nombres de los autores han estado vinculados a títulos en cuyas páginas se reflexionaba, desde la literatura y la historia, acerca de la política y la estética de los países que conforman Hispanoamérica. A través de muchas y valiosas páginas, se han tendido puentes entre la producción literaria y la conformación ideológica, histórica política de los diversos países y naciones. Los textos de Adoum y Donoso Pareja serían casos bastante particulares del género «ensayo», en tanto hay un predominio de lo anecdótico sobre lo reflexivo, y en tanto el requisito de la solidez intelectual parece haber sido visto con ojos menos

exigentes. El texto de Adoum se deja leer fácilmente y creo que muchas de sus páginas se podrían prestar a conversaciones más bien frescas sobre temas como ciertos hábitos, costumbres, registros de habla de los ecuatorianos, y de la honda significación que estas manifestaciones podrían tener. Un autor de tan reconocido prestigio como Jorge Enrique Adoum parece sentirse en el derecho, y la obligación casi, de no ocultar su voz para decir lo que piensa sobre «el ser ecuatoriano», y para convocar a una cierta reflexión y autocrítica. Nótese el uso, hartamente meditado, de términos como «frescas», que se opondría a densas o profundas; o la convocatoria a una «cierta reflexión».

No es reprochable el que actores de nuestro desarrollo literario y cultural hayan producido textos que tienen que ver con preocupaciones filosóficas, sociales, antropológicas. No es reprochable que lo hayan hecho usando como herramienta un lenguaje llano, carente de grandes pretensiones intelectuales o cultistas, con dosis de humor o irreverencia. Lo reprochable es haberse movido, hablo particularmente del caso de Donoso Pareja, con una dosis inadmisiblemente de prejuicios, subjetividad, falta de contextualización, falta de diálogo con las fuentes con las que, aparentemente, ha entablado un diálogo.

EL CASO DE LA ESQUIZOFRENIA

La esquizofrenia es definida como un trastorno mental que produce una «disociación de la personalidad y la falta de contacto con la realidad». (*Diccionario Consultor Espasa*, 2000) También como «grupo de enfermedades mentales correspondientes a la antigua demencia precoz, que se declaran hacia la pubertad y se caracterizan por una disociación específica de las funciones síquicas, que conduce, en los casos graves, a una demencia incurable» (*Diccionario de la Real Academia de la Lengua*, 1984). El oponer con la conjunción excluyente la identidad ecuatoriana a la esquizofrenia es ya una arbitrariedad. A lo largo de todo el texto no se llega a demostrar que los conflictos que tenemos los ecuatorianos respecto de nuestra tan cacareada identidad se deban a un problema mental, a una estructura mental enferma. Si esa comprobación se buscara, creo que tendríamos que rechazarla. Los pueblos y sus problemas estructurales y de conformación histórica no se pueden explicar a partir de «ideas» como la locura colectiva. Cualesquiera otros sintagmas de estructura similar equivalente resultarían igualmente arbitrarios, forzados, en los que se torna difícil descubrir la relación entre el enunciado y su motivación: «identidad o locura», «identidad o delirio», «identidad o enfermedad». De todos modos, parecería que la intención ha sido partir de una premisa radical, extrema, a menos que el enunciado de título no tenga otra razón que ser una pura frase, dotada de hipérbole para ser más eficaz en el plano retórico.

Para justificar nuestra personalidad disociada como país, Donoso Pareja recurre a demostraciones que apelan a la esfera emotiva y no racional de los lectores. Cuenta «un chiste» producido por «la sal quiteña», que calificó al Puente de la Unidad Nacional, el que simbólicamente integra la costa con la sierra, como «el eslabón perdido», porque une «al hombre con el mono». Al autor le parece que solo la indignación cabe frente a la broma, y no toma en consideración, como otra lectura posible, que la risa, como decía Bergson, el filósofo, anula momentáneamente la sensibilidad.

Donoso Pareja parte, obviamente, de la premisa de que entre los ecuatorianos existe el regionalismo. Creo que todos lo sabemos, y tal vez hemos esperado, no tanto de las ciencias sociales, que a menudo exhiben un discurso excluyente y altamente especializado, sino de nuestros escritores y artistas, explicaciones que desde una comprensión más global y enriquecedora interpreten y analicen dicho fenómeno. Pero ni Adoum ni Donoso Pareja han logrado hacerlo. Las explicaciones que formulan para demostrar que el regionalismo existe entre nosotros no son contundentes; se analizan solo las expresiones del fenómeno, los efectos prácticos y visibles, pero no las razones profundas que tienen que ver, por su puesto, con la historia y la organización de los sistemas económicos. O sea que sí se precisa del auxilio y las luces de las ciencias sociales para formular afirmaciones con más estatuto de verdades.

Para el escritor, hijo de «marciano en mona» (?), una razón de que exista el regionalismo —cuando se podría pensar que es más bien su efecto— son las generalizaciones que a lo largo de la historia, hombres vinculados al quehacer cultural, él incluido, han hecho en torno a serranos y costeños. Desde Juan Bautista Aguirre, Eugenio Espejo, pasando por Belisario Quevedo, hasta llegar a Osvaldo Hurtado; todos ellos han caído en el feo defecto de generalizaciones, que han conducido a la creación de estereotipos: pasividad versus actividad; escándalo versus discreción; hipocresía versus sinceridad, etc., etc. Como prueba de cómo nos hemos venido devorando los unos a los otros, cita Donoso Pareja una poesía de los versos jocosos de Bautista Aguirre, en los que se echan denuestos sobre la ciudad capital («Este es el Quito famoso/ y yo te digo, jocundo,/ que es el sobaco del mundo/ viéndolo tan asqueroso») y la pone en el estatuto de prueba de verdad. Del mismo modo, cita líneas de Eugenio Espejo, echando pestes sobre la gente del Guayas. Los fragmentos referidos le servirían para demostrar la existencia del regionalismo.

El problema, me parece, dada la envergadura del tema que acomete, es que debería ubicarse más allá de la pura glosa, y debería, para ser coherente, contextualizar los autores citados, ubicarlos en su preciso momento histórico, distinguir entre una pieza oratoria y unos versos satíricos, descubrir e interpretar la ausencia de corrección política en un chiste.

Para finalizar la parte de justificaciones, declara haber descubierto la existencia de lo que él ha llamado el «quiteñocentrismo», pero nuevamente parece confundir ejemplos, y de la más diversa jerarquía, con argumentos. Como de pruebas se trata, ofrece tres o cuatro antologías en las que los autores, obviamente quiteños, han borrado los nombres de los artistas costeños. Los lectores esperaríamos que se desentrañe, pero no se lo hace, cómo determinadas ciudades se han erigido, en el país, en centros culturales, con qué razones y auspicios ello ha ocurrido, qué criterios, más allá de qué personas, han primado para construir las antologías, el canon. De entrada, y sin razones que no sean las de sus personales pasiones, ilegítima, descalifica la idea de que en el Ecuador existan dos centros de poder y tributación, que serían Quito y Guayaquil porque, según él, es absurda la posibilidad de que existan dos centros. No se mete con los argumentos que ha dado Hurtado: «el conflicto regionalista ha beneficiado a los dos grandes centros urbanos del país», «las otras ciudades se han convertido en tributarias de Quito y Guayaquil». Privilegia lo formal, pero no lo esencial: es una rueda de molino que nadie se puede tragar que existan dos centros. ¿No está oponiendo Donoso Pareja, en este ámbito, una lógica bastante elemental?

Frente al cáncer del regionalismo que nos carcome, el autor, por lo menos dentro de lo anecdótico y la casuística en la que se mueve, le apuesta al mestizaje como opción de salida para el Ecuador.

No obstante, el mestizaje, no hay que olvidarlo, ha sido también la manta que nos ha cubierto a todos y que ha anulado, de modo arbitrario, las reales discrepancias y diferencias; detrás del discurso del mestizaje los derechos de las minorías han sido conculcados, y la posibilidad de reconocer múltiples nacionalidades ha aparecido como atentatorio para la famosa, cacareada y falsa «unidad nacional», temor este último que es compartido por el autor. Como somos mestizos, tenemos de «ingas y mandingas», dice Donoso Pareja, y con ello todavía ve al movimiento indígena —fortísimo en la última década, y de hondo impacto en la conciencia y la percepción de lo que somos— solamente como un motivo más para el «orgullo mestizo». Donoso Pareja sigue hablando, tal vez en ello se parezca a Adoum, de espaldas a los últimos sucesos nacionales, sordo ante el clamor indio de la última década.

¿Qué nos sostiene y nos hace un país? En estas páginas se da un papel estelar a las glorias deportivas, en las que se otorga un valor especial al guayaquileño «Barcelona», obviamente desconociendo el complejo contexto de intereses económicos detrás del fútbol en el mundo entero. Nos sostuvo también como colectividad, plantea, y con mucha fuerza, la gran motivación de la guerra con el Perú. Frente a sus amenazas, afirma, todos, serranos y costeños, nos agrupábamos férreamente. Pero como la guerra, o sus escaramuzas, fueron y ya no son, el autor relata que cuando se ha sentido más orgulloso de ser

ecuatoriano, sin considerar la región de donde provengan los triunfadores, ha sido cuando hemos obtenido éxitos deportivos.

Por supuesto que cuando de demostrar el valor de los deportistas se trata, tiene que, apoyado por una alusión a Fidel Castro, referirse a que para hacer las cosas «fuera de lo común» «hay que tenerlas bien rayadas». El requisito para hacer cosas extraordinarias es tener los testículos bien rayados. Pero resulta que desde hace años ya no se puede dejar de pensar en los derechos de las mujeres, en sus percepciones, en su realidad, en el respeto que se merecen. Un intelectual, un autor, ya no puede escribir sin pensar en este elemento, sin pensar en todo lo que han hecho las organizaciones de mujeres y hombres que buscan equidad de género en el discurso, en la división de trabajo, en el reconocimiento de lo doméstico, en el derecho a preservar la diferencia en medio de la dignidad. Cuando Donoso Pareja dice que antes las serranas tenían culo de lagartija y patas blancotas, si bien eran bonitas de cara, mientras que las costeñas, feas, eran «puro culo» y «meneonas», está utilizando un lenguaje excluyente y machista; está utilizando criterios anatómicos —los testículos, los culos— para otorgar valores como la valentía o la belleza a las personas. Ahora, dice, menos mal, todas las mujeres se han estilizado y pueden encontrarse «bellezas» en toda la ancha geografía ecuatoriana.

Por supuesto, no deja de referirse, signado como Adoum, por la coyuntura política que se vivía en los años de publicación de las obras citadas, marcada por la presencia de personajes como Bucaram y Mahuad, al tema de las elecciones, las preferencias partidarias, etc. Pero si en otros ámbitos el «ensayista» se ha movido con notable ligereza, aquí se nomina fuertemente para un premio. En efecto, los juicios políticos no llegan más allá de una adjetivación nuevamente discutible y en extremo subjetiva. Velasco Ibarra, Abdalá Bucaram, Rodríguez Lara, todos tienen un común denominador: eran locos y payasos. Es fácil englobar a todos los gobernantes del país, desde que iniciamos nuestra era republicana diciendo que fueron «locos, pintorescos, burdos y pillos». Es fácil, con ello, lograr la adhesión de un virtual auditorio: ¿qué persona del pueblo llano, sumida en una educación política paupérrima, no rechaza lo político y a los políticos porque «todos son ladrones»? Es sencillo, con repetir lugares comunes sin argumentos suficientes, lograr identificación del receptor. Es sencillo, pero no ético. Y es arriesgado, porque los lectores virtuales de obras como las mencionadas no son del pueblo llano y sencillo. Se trata de un auditorio más especializado al que se está «provocando» con este tipo de afirmaciones.

Recursos como el tono coloquial: «me parece que más claro no canta un gallo»; las alusiones regionales: «el serrano (...) digámoslo de un solo toque, ya no se expresa 'como longo'»; la transcripción de chistes o «cachos» de diverso color: «May be, dijo el gallinazo que picaba mierda en el Camal pero an-

tes había vivido en Nueva York»; la intercalación de anécdotas personales, a veces personalísimas: «fui con mi hijo, pequeño entonces, a las competencias de natación», constituyen «ganchos» para atraer la atención del público, para ganar su simpatía, para hacerle sentir que el autor se expresa con las mismas herramientas que «la mayoría». Mas, como hemos dicho, no son las masas precisamente quienes compran los libros de Donoso Pareja. Simultáneamente a este juego de conquista y seducción de las mayorías, el autor se ubica como representante de una «minoría». Al usar un cierto tono «guayaco», unas ciertas claves propias de ese ámbito cultural, parecería estar expresando su oposición frente a una cultura, que ha sido la rectora y que, según él, ha sido diseñada a partir de modelos quiteños. Pero, cosa curiosa, en medio de reflexiones culinarias, o «masculinas», hechas bajo este tono coloquial e informal del que he venido hablando, ve la necesidad de introducir unas nociones que le legitimarían como intelectual, y que le alejarían del vulgo, cuyas formas lingüísticas le «brotan» de tan espontáneas. Así, tras afirmar que llámese humita o choclotanda, nos las comemos «acompañadas de una taza de café negro pasado», y luego nos chupamos los dedos, comienza el siguiente párrafo así: «Todos estos cambios, cuyo destino ha sido la coincidencia, tienen su origen en los bloques semióticos (bloques de significación) más profundos, es decir, los históricos, políticos, incluso geográficos».

En ese afán, analizar los bloques de significación, el autor propone una nueva lectura, no canónica, de la historia del Ecuador, que ha planteado con demasiada frecuencia la filiación de Guayaquil con el Perú. Le dedica a ellos dos o tres páginas y, básicamente, llega a demostrar que en las gestas del pueblo guayaquileño no le ha movido un afán «regionalista», sino «regional» y, si bien ha actuado con un criterio particular, le ha animado al mismo tiempo un sentido nacional. Analiza, mientras cita a varios autores, el fenómeno del liberalismo, y describe los efectos que tuvo, en la unificación del país una obra del pensamiento laico como el ferrocarril.

La lluvia de ideas se sucede nuevamente. Vienen entonces las reflexiones acerca de los nombres de las calles, sobre todo en Guayaquil, que demostrarían la ignorancia de las ciudades respecto de sus hombres de cultura y de letras, nuevas generalizaciones gratuitas sobre serranos y costeños, análisis breve y elogioso del personaje Juan de Velasco y su obra, «punto de partida de la identidad ecuatoriana», originales criterios acerca del fenómeno político, en los que se expresa la simpatía al entonces posible gobierno de Mahuad.

La obra finaliza con dos fragmentos que Donoso Pareja cita, cuyos autores son dos intelectuales latinoamericanos, Humberto E. Robles, y Fernando Alegría, en los que se refieren a una anterior novela de aquél, *Nunca más el mar*. ¿Para qué lo hace?, ¿para qué introduce comentarios críticos que se han hecho sobre una novela suya? Me parece que para poner en escena un nuevo

elemento que le legitime como hombre de letras: es autor de novelas, y de novelas de las que se han dicho cosas importantes. Sin embargo, según él, lo hace para demostrar, tal como ha dicho uno de los críticos literarios, que si Donoso Pareja tiene algún regionalismo, es del tipo «crítico». Termina con esta oración en subjuntivo, que expresa el deseo suyo de cómo le gustaría ser leído e interpretado: «Que la necesidad de ser inventados (sea Quito, Guayaquil, el museo de Latacunga o el Jamle (?) suburbano, o de que seamos nuestra propia invención, tenga la suficiente vitalidad y vasos comunicantes para que esta fábula —en el más estricto sentido de la palabra, si es que existe, sea cierta».

¿Qué dice el D.R.A.L. a propósito de fábula? Dice: «Rumor, hablilla. 2. Relación falsa y mentirosa, de pura invención, destituida de todo fundamento. 3. Ficción artificiosa con que se encubre o disimula una verdad. 4. Suceso o acción ficticia que se narra o representa para deleitar. 5. Composición literaria, generalmente en verso, en que por medio de una ficción alegórica y de la representación de personas humanas y de personificación de seres irracionales, inanimados o abstractos, se da una enseñanza útil o moral» (siguen cinco definiciones más).

Bien vale la pena preguntarse, sobre todo cuando se trata de una palabra de tan amplio espectro de significación, ¿cuál es «el más estricto sentido de la palabra»? ¿rumor, hablilla?, ¿por qué un final tan hermético?, ¿juega otra vez a novelista Miguel Donoso Pareja?, ¿qué tipo de enunciado nos hace al final?, ¿qué exactamente implica la dichosa y recientemente acuñada noción de «regionalismo crítico»? ¿Se puede aplicar un juicio de valor sobre una novela a un tipo de texto que se supone de índole reflexiva y no ficticia?

Pero, más allá del posible análisis desde el punto de vista lógico, del texto de Miguel Donoso Pareja, que desde luego puede ser más extenso, exhaustivo, brillante e incontrastable, creo que a los lectores que hayan accedido o accedan en el futuro a este texto, ¿no se escribe con la idea de la trascendencia?, les queda en la boca un mal sabor, resultante no solo de la falta de lucidez que se evidencia, de la falta de solidez intelectual, de la falta de desarrollo de las ideas y los argumentos, sino de la ausencia de compromisos personales, de opiniones auténticas, maduradas al ritmo de la vida, la experiencia, la honestidad.

Sábato ha escrito hace poco un libro autobiográfico intenso, titulado *Cuando llegue el fin*, lleno de frustraciones y ciertos atisbos de esperanza, cargado de reflexiones. Se trata de unas páginas dolorosas, en las que se expresa el dolor del sí mismo, de los otros, de la educación, de la política, de su país, Argentina. Entretanto, aquí estamos nosotros los ecuatorianos sin Sábato ni dolor, bajo un cielo, como decía Benedetti en algún poema, del que ya desapareció la estrella fugaz de los deseos, y donde solo queda un helicóptero y la

ausencia de Dios. ¿Cómo estamos, mi brother? Pues, exhibiendo sin pudor nuestra petulancia, jactándonos de las nimiedades y la pequeña y pasajera fama, auto citándonos. El país, sus problemas culturales e históricos, la construcción de una tradición o unas tradiciones literarias, culturales, artísticas, parecen, en el fondo, importarnos bien poco. Son solo el pretexto para echar a rodar la máquina que habla.

Desde luego que ahí sí nos va bien lo de esquizofrénicos. ■